

de Cornelio se cometieron las mayores crueldades. Después de haber sido arrastrados desnudos por el lodo hasta la horca, fueron colgados en ella, empleando mechas de mosquete á falta de cuerda. El que hacía de verdugo, viendo á Simousson, sacerdote de la Haya, le preguntó: *Señor ministro: ¿están colgados bastante altos? No*, contestó, *ata á ese bribón (refiriéndose á Juan de Witt) un poco más arriba*. Basnage, *Anales de las Provincias Unidas*.

XXIX

HASTA LA PAZ DE NIMEGA

Después del asesinato de los hermanos De Witt en 1672, pasó á manos del príncipe de Orange la absoluta gobernación del país. Así lo demandaban las circunstancias. Amenazado el territorio por Luis de Francia y Carlos de Inglaterra, y vencidos los parciales del gran Pensionario, era indispensable concentrar la administración y dar fuerza al gobierno: el pueblo aclamó entonces al príncipe de Orange estatúder de la república. Fortuna fué y no escasa para Holanda, aunque por medios reprobables, elevar á la magistratura suprema á un ciudadano de resolución animosa, de gran patriotismo y de conspicuo entendimiento, como los más esclarecidos príncipes de su linaje. Si no tuvo el genio militar de Mauricio ó de Federico Enrique, no solamente fué digno descendiente del Taciturno por su constancia en la lucha y amor á la patria, sino el político certero y el hábil diplomático de la casa de Orange.

Educóse Guillermo con hábitos de reserva y de prudencia. Desde la muerte prematura de sus padres, fueron sus maestros aquellos mismos que tenían mayor interés en oponerse á las pretensiones de su familia. Durante veinte años el gobierno tuvo la forma de una república aristocrática y adoptó toda

clase de medidas para despojar de toda su influencia al partido de Orange. Por esta razón, Guillermo debía ser cauto y circunspecto, en grado sumo, reservado, prudente, atento al carácter de los demás y en particular de sus adversarios, y ganoso del afecto de aquellos mismos, que, con el tiempo, habrían de merecer su confianza. En su primera juventud fué grande amigo de Zulestein, y por esta causa el gobierno lo alejó de su lado; mas con la ausencia creció el afecto, y cuando Guillermo se puso al frente de los negocios, le llamó y le tuvo como confidente y consejero. Aprendió por necesidad el arte de la guerra é hizo cuanto pudo con el objeto de asegurar la independencia de su país contra la pericia de los generales franceses; á los cuales, si no igualó en los combates, les superó en actividad para reparar los quebrantos y desgracias sufridas por sus tropas.

Cuando la patria estaba en peligro, acudió y se puso al lado del jefe de la aristocracia municipal, uniéndose luego con los que buscaban medios para hacer la paz. Ya estatúder, y aunque sólo contaba veinte años de edad, alentó á los Estados con el objeto de que rechazasen las proposiciones indecorosas de Luis XIV y de Carlos II, se preparó á luchar hasta el fin, buscó aliados que le ayudaran en la obra de la independencia, y antes que ceder, se dispuso á emigrar al imperio ultramarino de Oriente. Luis y Carlos intentaron asegurar á Guillermo la posición y el rango que él logró alcanzar por sí mismo; y cuando se disponían, con la ayuda de éste, abatir á Holanda, encontraron en el nuevo estatúder un gran patriota ¹.

¹ En el manifiesto que Luis XIV publicó, en 7 de Abril de 1672, declarando la guerra á los Holandeses, decía, que los muchos agra-

Rompieron sus diques los Holandeses, sin cuidarse del estrago que causaban al país que iban á defender, y de este modo contuvieron á los Franceses. Salió en seguida al encuentro del enemigo, y lo único que se puede asegurar de su primera campaña, es, que su ejército era digno de medir sus armas con los Franceses. Cuando las tropas de Luis XIV, marchando sobre el duro hielo, iban á caer sobre la Haya, se frustró el ataque, á causa de un repentino reblandecimiento del piso; pues en ésta como en otras circunstancias, los Países Bajos se salvaron de la ruina y destrucción por sus especiales condiciones topográficas.

Si los éxitos de Guillermo como general fueron escasos y modestos, no por eso perdió nunca la confianza de sus compatriotas. Ellos apreciaron siempre su amor á Holanda y su sagacidad, y explicaban sus desgracias militares diciendo, que no había relación entre lo grande de sus proyectos y lo pobre de sus medios. Confortaron á los Holandeses en aquel trance la actitud adoptada por diferentes potencias europeas, más por el temor al creciente poder de Francia, que por simpatías á Holanda. En este caso se encontraron España, Brandeburgo (después reino de Prusia) y los reinos escandinavos.

Creyeron los Holandeses, no sin apariencias de vivos é injurias recibidas, le movían á tomar las armas. También Carlos II publicó su correspondiente manifiesto, y en él afirmaba, que sus súbditos de las Indias se habían visto obligados á abatir el pabellón delante de los bajeles holandeses, añadiendo: «Insolencia llena de ingratitud querer disputarnos el imperio de la mar los que en el reinado del difunto rey nuestro padre nos pedían licencia para pescar, pagándonos un tributo». Los dos monarcas atrajeron á su causa al arzobispo de Colonia y al obispo de Munster. Los ejércitos franceses, que penetraron en Holanda, estaban mandados por el rey, por Turenna y por Luxemburgo.

razón, que siendo Guillermo sobrino de Carlos II, esto sería motivo para la terminación de la guerra;



GUILLERMO III DE ORANGE, REY DE INGLATERRA

(Según un cuadro de Brandon).

pero el soberano de Inglaterra estaba muy unido á Francia y era por demás ingrato. Sin embargo, dudaba á veces, porque el Parlamento era contrario á

la guerra, y para otorgarle recursos, exigía, entre otras cosas, la proscripción de los católicos. Allegó, á pesar de todo, subsidios y pudo armar una escuadra, que, unida á la francesa, tenía probabilidades de vencer á las flotas de Holanda.

Los Ingleses y Franceses alcanzaron algunas ventajas, en los días 7 y 14 de Junio, sobre De Ruyter y Tromp. El 21 de Agosto se dió otro combate, sin resultado decisivo; pero allá en apartadas regiones y con buques corsarios, que en aquellos tiempos constituían la fuerza y el nervio de la lucha, fueron venturosos los Holandeses, los cuales, con pocos perjuicios de su parte, hicieron gravísimos daños á la marina mercante de Inglaterra.

Entretanto, la ambición de Luis XIV se había atraído la enemiga de toda Europa. Los reyes de Suecia y Dinamarca se pusieron de parte de las provincias, y España y el Imperio alemán hicieron poderosos esfuerzos en ayuda de los Holandeses, siendo indudable que á ello contribuyó la pericia diplomática de Guillermo ¹. El resultado de esta especie de coalición obligó al rey de Francia á no proseguir sus conquistas en Flandes, no sin dejar un triste recuerdo de sus odios y venganzas en los pueblos que temporalmente había ocupado. La memoria de estos sucesos fué en lo futuro base de patriótico entusiasmo en favor de la casa de Orange.

El Parlamento británico, que estaba resuelto á terminar la guerra con Holanda, sin cuidarse de los propósitos de Carlos y de sus compromisos con Francia, se negó á votar los subsidios pedidos, en la

¹ El rey de España á la sazón era Carlos II (1665-1700). Heredó la corona cuando tenía poco más de cuatro años, y su madre Doña Mariana de Austria se encargó de la regencia y gobierno del país.

idea de que los Holandeses deseaban la paz. Avisados éstos secretamente de las buenas disposiciones del Parlamento, supieron aprovecharse de ellas, á disgusto del rey. Las Cámaras inglesas, no sólo se negaron á la prosecución de la guerra, sino que cohibieron á Carlos II con la amenaza de acusar á sus ministros. Carlos tuvo que ceder á la fuerza, y Sir Guillermo Temple salió para Holanda con el encargo de negociar la paz. En pocos días se ultimaron las negociaciones. La perfidia de Carlos y la mala voluntad de Jacobo, enemigos uno y otro de los Holandeses, fueron antecedentes importantes para que éstos, catorce años después, fuesen auxiliares del movimiento que arrojó á los Estuardos del trono de Inglaterra. La evacuación de Holanda por los Franceses y la alianza de las Provincias con Inglaterra, obligó á los obispos de Munster y de Colonia, que se habian apoderado también de algunas ciudades de la República, á solicitar la paz en gracia de la restitución.

Al príncipe de Orange correspondió la gloria de tantos triunfos diplomáticos. Los Estados agradecidos hicieron hereditario en su familia el cargo de estatúder, le instaron á que contrajese matrimonio, le dieron una cantidad considerable de dinero, y la Compañía Holandesa de la India Oriental le cedió para él y su descendencia una parte de sus beneficios. Mayor fué la prudencia de Guillermo al disponer que las ciudades ocupadas y devueltas por los Franceses, recobrasen sus antiguos privilegios, consiguiendo de parte de ellas la gratitud más profunda y el afecto más sincero. Aprovechó Guillermo estas disposiciones para reformar la constitución de los Estados de Utrecht, Gelderland y Overysse bajo el punto de sus



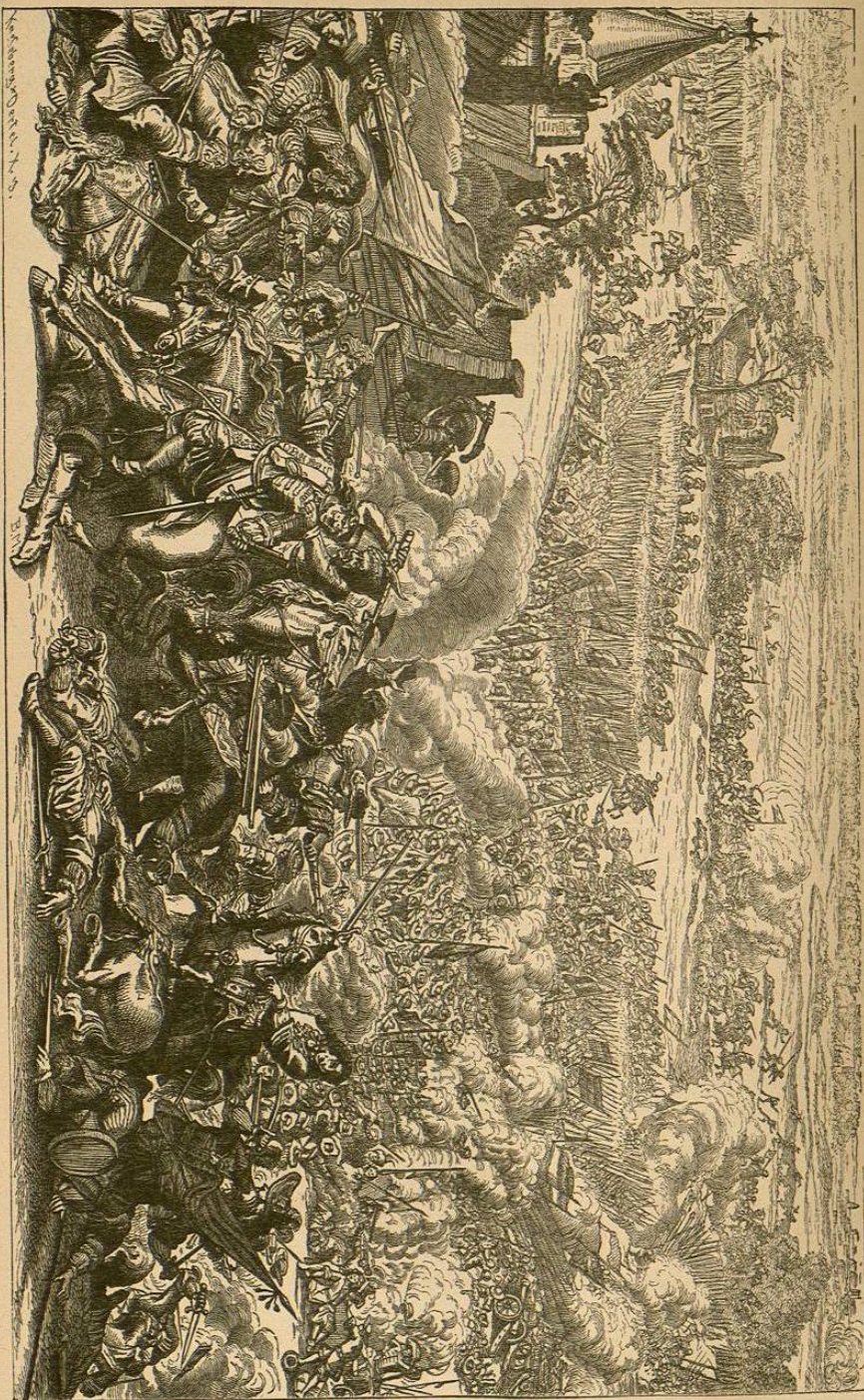
intereses políticos, que fueron luego los de toda Holanda. Si bien es cierto que ejerció autoridad más absoluta en aquellas provincias que en lo restante de la República, su intervención en los negocios resultó tan saludable y benéfica en la paz como en la guerra.

Quando vió Luis XIV que Carlos II no podía eludir la paz con los Holandeses, se dispuso á atacar bizarramente las posesiones españolas de los Países Bajos, fronteras de Francia. Salió á su encuentro el estatúder, general en jefe á la sazón de las tropas españolas y holandesas, peleando con el célebre Conde en la sangrienta y desesperada batalla de Senef, que duró desde la mañana hasta la media noche. La batalla quedó indecisa; pero los resultados de la campaña fueron favorables á Guillermo, porque se hizo dueño de una ó dos plazas importantes ¹.

En 1675 y con motivo de unas negociaciones encaminadas á la consolidación de la paz, salió nuevamente para Holanda Sir Guillermo Temple con la mira de explorar los designios del estatúder y de los Estados. Entonces se propuso al príncipe de Orange la mano de María, hija mayor de Jacobo, duque de York. Guillermo, que no estaba inclinado á soluciones pacíficas, se negó á entrar en tratos matrimoniales.

Por entonces, uno de los Estados cuyos intereses había defendido con más decisión el de Orange, le ofreció el título de duque de Gelderland con sobera-

¹ Uno de los hechos más importantes de esta guerra fué el sitio de la fuerte plaza de Maestrick, dirigido por el célebre ingeniero francés Vauban. Maestrick hubo de capitular el 20 de Junio de 1673. Tuvo todavía más trascendencia la memorable batalla de Senef, en 11 de Agosto de 1674; y en la cual, á los Franceses, mandaba el príncipe de Condé, y á los aliados, el príncipe de Orange, el español conde de Monterrey y el alemán marqués de Souche.

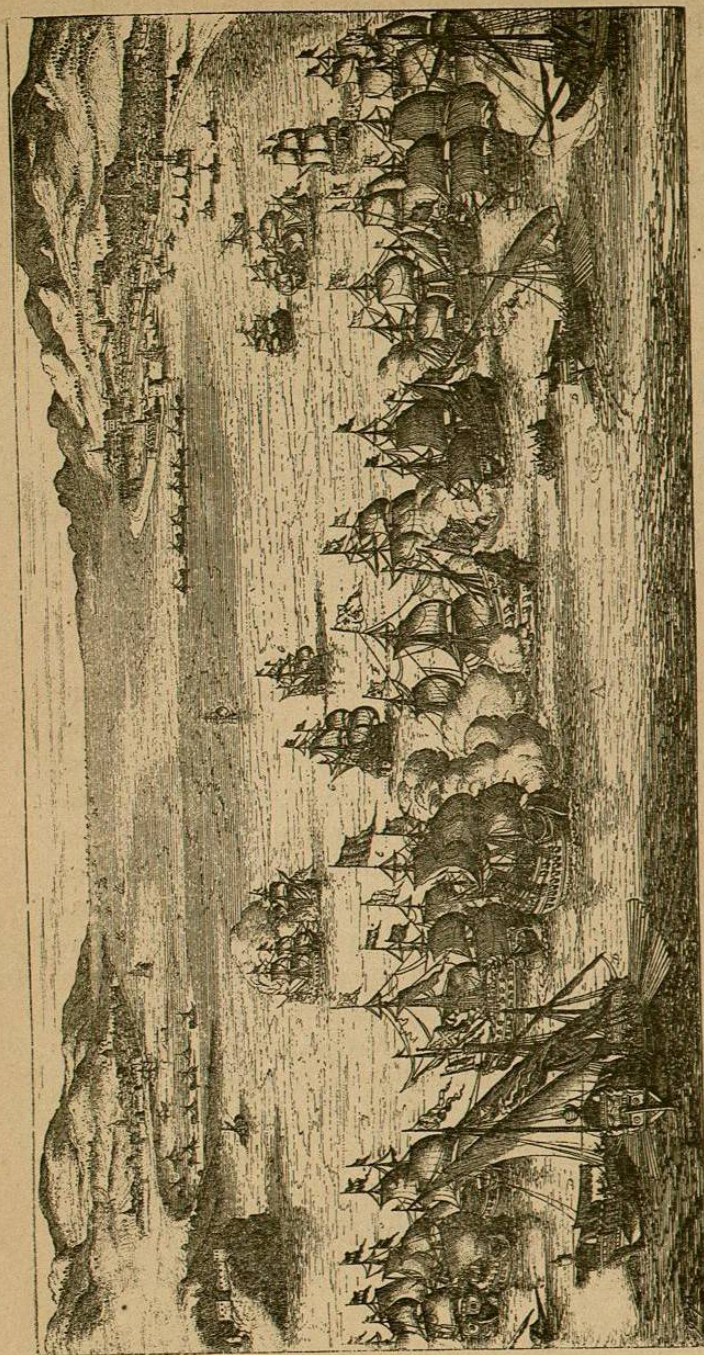


BATALLA DE SENEFF
(Grabado en cobre, del año 1674.)

nia hereditaria. Si bien las demás provincias le habían conferido atribuciones casi discrecionales, se alarmaron ante la idea de que, en virtud del ofrecimiento ya dicho, Guillermo iba á ser soberano hereditario de una parte de la República, y primer ministro de la otra. Es verdad que su oficio era hereditario y con amplios poderes; pero entendían que el nombre del cargo en asuntos políticos era esencial, y que el estatuderato difería radicalmente de la monarquía.

Asombrado quedó el de Orange con la resistencia casi general que los Holandeses oponían al proyecto, y contestando á varios Estados, no pudo reprimir su enojo, después de renunciar por prudencia el ofrecimiento. Semejante oposición hubo de influir en su ánimo para no querer la paz; entre otras razones, porque si su personalidad era necesaria á los Estados en tiempo de guerra, cuando ésta terminase, el cargo de estatuder no tendría gran influencia. Quizá hubo de pensar también, que la prosecución de la guerra, á la vez que debilitaba á Luis XIV, sería causa de vigor para los aliados. Por este conjunto de circunstancias continuó la lucha, á pesar de los buenos oficios de Temple. Aunque con varia fortuna y á costa de hombres y de dinero, Francia consiguió ventajas, ganando mucho terreno en la frontera hispano-francesa de los Países Bajos, y hasta en Holanda. Del mismo modo combatieron en el Mediterráneo, sucumbiendo De Ruyter en un encuentro ¹. Pocos generales holandeses aventajaron á De Ruyter en patriotismo y valor, y ninguno ha logrado que se conmemore [su gloria militar tan copiosamente en

¹ Murió De Ruyter á consecuencia de las heridas que recibió en el combate de Agosta, en Sicilia (1676).



COMBATE NAVAL ENTRE LAS ESCUADRAS DE HOLANDA Y FRANCIA CERCA DE SIRACUSA EL 22 DE ABRIL DE 1676, EN EL CUAL MURIÓ EL ALMIRANTE DE RUYTER.
(Dibujo de Juan Luyken.)

las galerías de pintura histórica de Amsterdam. Durante algún tiempo disminuyó la popularidad del estatúder, á quien la opinión pública culpó del fracaso, por haber despachado al famoso almirante con escasas fuerzas en busca de un enemigo poderoso.

El restablecimiento de la paz convenia á todos los contendientes; pero solamente Suecia y la República manifestaron deseos de realizarla. Una de las razones que más pesaban en el ánimo de Holanda para querer el fin de la guerra, era la decadencia de su comercio, que iba pasando á manos de los Ingleses. Si el Acta de Navegación le causó perjuicios considerables, la continuación de las hostilidades y los éxitos alcanzados por los filibusteros franceses, le produjeron daños sin cuento. La Compañía Inglesa de la India Oriental adelantaba rápidamente en sus negocios, llegando á ser muy considerables los rendimientos de su tráfico y muchas las riquezas de sus accionistas. Holanda tenia que soportar, demás de otros quebrantos, la guerra con dos naciones, y también auxiliar á sus propios aliados. Ocioso será decir, que por esta causa, eran enormes los tributos en Holanda, y solamente por la economía y frugalidad de los naturales del país, se pudo sostener guerra tan larga. Guillermo, como antes Mauricio, deseaba la prolongación de la guerra. Insistió el estatúder para que la primera cláusula de la paz fuera la renovación del tratado de los Pirineos, lo cual era pretender que Luis XIV renunciara todas sus conquistas. El de Orange, por esta conducta, se enajenó las simpatías de su pueblo.

El rey de Francia vió entonces la ocasión de abrir una brecha en la alianza, ofreciendo al emperador las cláusulas de la paz de Westfalia, y á Holanda la de-

volución de la única ciudad holandesa que retenia en su poder. Resolvió, por otra parte, ensanchar sus fronteras á costa de España, y recabar de Suecia, cuya amistad compró, todo lo que habia perdido en la Alemania del Norte. El principe de Orange hubo de ceder, persuadido del tenaz empeño con que sus compatriotas querian la paz.

Antes de suscribir el arreglo, quiso que el rey de Inglaterra renovase la alianza con Holanda, que después de la primera guerra anglo-holandesa negoció Sir Guillermo Temple. Llamó, pues, el estatúder á Sir Guillermo, y le manifestó sin ambages que deseaba reanudar las negociaciones de su matrimonio con Maria, hija del duque de York, y con esta idea pensaba trasladarse á Inglaterra. Lo hizo así, y como Carlos fuese de opinión que la paz habia de preceder al matrimonio, Guillermo dijo, que obrando de aquel modo, alguno pudiera creer que ponía las consideraciones políticas al servicio de sus pretensiones privadas. Danby, después duque de Leeds, aconsejó ceder al rey, y Guillermo casó con Maria, en 1677. Ella fué la única persona digna de la familia de los Estuardos.

Carlos y Guillermo discutieron en Londres las bases de la paz; y si á lo estipulado se oponian Francia y España, el rey de Inglaterra se propuso declarar la guerra á estas naciones. Luis XIV, contra lo que se creía, conoció el estado de las cosas y aparentó aceptar las cláusulas del tratado anglo-holandés como base de ulteriores negociaciones. Comprendiendo que Luis XIV sólo queria ganar tiempo, la opinión pública en Inglaterra se agitó de tal suerte y tanto fué el encono contra los Franceses, que Carlos II tuvo que ceder y prepararse para la guerra.

Los Holandeses, por su parte, determinaron esperar los acontecimientos, dejando cierto número de plazas de los Países Bajos españoles entre las conquistas de Luis y su propia frontera, y restituyéndole cuanto había perdido. Aceptado el proyecto por los agentes del rey de Francia, se firmó un armisticio de seis meses, que luego fué prorrogado. El Emperador, el Elector y el rey de Dinamarca que lucharon, más bien por servir los intereses de Holanda, que los propios, se indignaron contra los Estados. A pesar de algunas muestras de energía, tal vez aparentes, que dió Carlos II contra Luis XIV, los Holandeses hicieron la paz con Francia.

Sintióse Guillermo contrariado, pues pensaba, con buen juicio, que si el rey de Inglaterra hubiera resistido con firmeza las exigencias de Luis XIV, la paz de 1678 hubiese sido reflejo de la de los Pirineos, quedando reducido á sus antiguos límites el territorio neutral entre Holanda y Francia. En cambio por el tratado de Nimega, los Franceses fueron más poderosos y fuertes que antes; lo cual hizo que Guillermo presintiese la necesidad de otra guerra, en plazo no lejano, para mantener lo que se llamó entonces equilibrio europeo ¹. Y queriendo anticiparse á lo futuro, ó movido acaso de la ira ó del despecho, cuando todavía estaba reciente su firma en el tratado con Francia, salió en busca de Luxemburgo, que estaba acampado cerca de Mons, y le dió la batalla. Pero Luis, después de las ventajas conseguidas mediante la paz suscrita, no llevó á mal aquella falta de fidelidad á

¹ Aunque la fortuna había favorecido á los Franceses en los últimos años, Luis XIV deseaba la paz. Los plenipotenciarios españoles en el congreso de Nimega, fueron: D. Pedro Ronquillo y el marqués de los Balbases.

lo estipulado ¹. No obstante, Guillermo y el rey de Francia se unieron siempre con recelo y mala voluntad; siendo indudable, que el enojo del primero por la paz de Nimega, fué causa original de las dos guerras prolongadas y ruinosas que más tarde habian de abatir la casa de Borbón.

¹ Después de un tratado particular de paz, celebrado entre Francia y Holanda, y que se firmó el 10 de Agosto de 1678, el de Orange y el español duque de Villahermosa, combatieron á Luxemburgo delante de la plaza de Mons; pero hasta el 17 de Septiembre no fué firmado por los tres plenipotenciarios franceses, mariscal de Estradas, conde de Avaux y Colbert, y por los españoles, marqués de los Balbases, marqués de la Fuente y Mr. Christin. Sirvieron de intermediarios los holandeses Beverningh y Haren. Luis XIV lo ratificó el 3 de Octubre, y Carlos II de España el 14 de Noviembre. Dicha estipulación se componía de 32 artículos, y lo esencial era: Luis XIV restituiría á Carlos II las plazas y fortalezas de Charleroy, Binch, Ath, Oudenarde y Courtray; la ciudad y ducado de Limburgo, Gante, Rodenhuis, el país de Weres, Saint-Ghislain, y la plaza de Puigcerdá en Cataluña; el monarca francés conservaría todo el Franco-Condado, con las ciudades y plazas de Valenciennes, Bouchain, Condé, Cambray, Ayre, Saint-Omer, Iprés, Werwick, Warneton, Popesingue, Bailleul y Cassel. Dumont, *Corp. Diplom.*—*Actas y Memorias de la paz de Nimega*, t. II.